

# Manuel Silva: "Lobos y Ovejas"

Por Ignacio Valente

Con el sello de **Galería Paulina** Wough han aparecido dos nuevos libros de poesía, al parecer juvenil: uno muy convencional y neutro, **El jardín de las palabras**, firmado por **Jonás**, y otro de sorprendente calidad, **Lobos y ovejas**, cuyo autor es **Manuel Silva Acevedo**. Este notable libro parece ser su primera obra, a pesar de lo cual exhibe un lenguaje sumamente seguro y propio, sin vacilaciones, y una extraña madurez psicológica para indagar la hondura y sobre todo la contradicción de los sentimientos humanos.

El asunto del libro es en apariencia sencillo: habla una oveja, con temple y naturaleza ovejuna; habla del lobo que quisiera ser. Hay más que una parábola en esta extraña pugna de identidades; hay algo profundamente humano que se anida en estas deprecaciones y nostalgias de oveja mal nacida, que padece por la condición lobuna un sobrecogedor vértigo; es decir, el temor natural de su especie, unido a una terrible fascinación por el poder y la maldad de su deseado enemigo:

Por qué si soy oveja  
deploro mi ovina mansedumbre  
Por qué maldigo mi pacífica cabeza  
vuelta hacia el sol  
Por qué deseo ahogarme  
en la sangre de mis brutas hermanas  
apacentadas  
Me parieron de mala manera  
Me parieron oveja  
Soy tan desgraciada y temerosa  
No soy más que una oveja pordiosera  
Me desprecio a mi misma  
cuando escucho a los lobos  
que aullan monte adentro

Es curioso el naciente destino de este poeta. No hay en él ninguno de los temas usuales de los primeros balbuceos líricos; no hay nada de convencional en sus sentimientos. Ha rehuido con plena seguridad los temas y las formas habituales del que comienza a escribir, para crear esta extraña parábola de la existencia moral, que sorprende por su originalidad y su rigor. Al hilo de esta creación, desarrolla

un lenguaje seguro, sin incertidumbres. La rara profundidad del vértigo que lo consume ha engendrado este idioma vivo, claro, casi sin metáforas, como si bastara la sola gran metáfora que es esta fábula entera.

Si es siempre difícil o imposible explicar un poema, en este caso se torna difícil explicar incluso por qué nos impresiona tan hondamente esta ocurrencia peregrina de la oveja con nostalgias de lobo. ¿Significa acaso el deseo que todos tenemos de ser lo contrario que somos? ¿Significa el secreto deseo de bestialidad que late en nuestras civilizadas existencias? ¿Significa la insatisfacción nativa del ser humano? Pero éstas son solamente explicaciones, y además derivadas y secundarias, que de ninguna manera dan cuenta de la sólida e inefable concreción del poema, que no explica nada, que no aclara nada, que sólo se limita a desarrollar el ferviente llamado de la sangre, bajo la forma de esta pacífica oveja que tiembla de espanto y de placer frente a la existencia agreste y salvaje y más libre de los lobos. Se trata de una parábola concreta, que no se deja explicar siquiera en términos de bondad o maldad; que no pretende la romántica glorificación luciferina de la perversidad, ni tampoco el resentimiento de un Nietzsche hacia lo convencionalmente bueno y pacífico o su admiración por lo señorial y cruel. Todas estas son categorías derivadas, que no están propiamente contenidas en el poema; el texto sólo plantea el hecho lamentable de una confusión de identidades en un mismo ser, la pugna sorda entre dos naturalezas.

Se diría que en este contraste hay una suerte de ingrediente sádico, y desde luego una violencia inusitada, una sed de sangre que a veces alcanza momentos álgidos:

El lobo bautista me dio alcance  
Se me trepó al cuello derribándome  
Y enterró sus colmillos en mi cuello  
Vieja loba, me dijo  
Vieja loba piel de oveja  
Quiero morir contigo

**Esperar a los perros**

**La sangre me manaba a borbotones**

Se trata de un motivo franciscano al revés. El lobo no deplora nada, no resiente su condición brutal, no se siente atraído por ninguna mansedumbre; simplemente es lobo, con una naturaleza íntegra y segura. Es la oveja quien anhela su transmutación, quien desea convertirse en el enemigo de su especie. Por lo demás, en todo el poema no hay ningún alcance humano explícito, ninguna referencia al mundo de los hombres o de sus sentimientos, ninguna postulación de lo que es o debería ser la naturaleza humana. Es este hermetismo el que da su encanto al poema, y también el que lo cierra en su misterio. Puestos a hacer un alcance al mundo de los hombres —al que en último término debe referirse el poema— diríamos que el autor se sitúa más allá del bien y del mal, evitando toda alegoría dualista: contempla simplemente la integridad de la naturaleza, llena de fuerzas contrarias, y sitúa al hombre como el centro de toda contradicción, en ese sitio más alto donde los contrarios encuentran una misteriosa unidad. La vida es pugna, nostalgia, vértigo; el hombre es todas las cosas, comprende en su fuerza interior todas las naturalezas opuestas y de algún modo las asimila. No es que luchan en su alma el bien y el mal, porque ésta sería una interpretación simplista de la parábola. El hombre simplemente contempla este mundo desgarrado, que es una imagen velada y no explícita de su ambigüedad, de su difícil identidad.

La última palabra sobre este notable poema parecería ser la ambigüedad. Es lo que sucede a menudo con los mejores poemas. Manuel Silva Acevedo arranca, de esta primera obra, con un promisorio impulso; desdena lo convencional, habla con un lenguaje seguro y claro, y desde la brevedad de este poema nos anuncia una obra poética de calidad que esperamos no se frustre. Si avanza sin concesiones por esta compleja línea, la conseguirá; tiene, a pesar de su juventud, todas las condiciones para realizar esta difícil promesa.